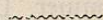




## JORNADA TERCERA.



Cuarto de una posada.—Es de noche.

### ESCENA I.

CUÉLLAR, GARCÉS.

**C**UÉLLAR. — ¡ Haberme burlado de esta suertel No debo sufrirlo. Me vengaré. Francisco de Cuéllar no ha de ser el juguete de una muchacha embustera y de un amigo débil ó desleal. ¿Hiciste el concierto con el escudero?

GARCÉS.—Le hice. Le dí, como señal, todo el oro que me entregaste. Si cumple bien lo que ha prometido, le he asegurado que tendrá diez veces más. Podrá irse donde guste y vivir á lo príncipe. Su codicia nos responde de él. No nos faltará. Esta noche don Fernando saldrá á las diez de su casa de campo, á fin



de estar al rayar el alba en el castillo del conde, donde le aguardan para una gran montería. Todos sus criados van con él ménos el escudero. D. Fernando quiere llevar séquito y lucirse.

CUÉLLAR.—Se lucirá. Ya se está luciendo. Hoy, en medio de la plaza, puesto yo en el centro de un corro de hidalgos, me he desatado en injurias y en amenazas contra él y contra su mujer. D. Fernando y Laura han de conocer quién yo soy. Nadie sospecha, con todo, que mi venganza va á ser tan pronta. Nadie calcula qué medios voy á emplear. ¿Buscaste ya á los cuatro hombres determinados y de toda tu confianza?

GARCÉS.—Cuento ya con ellos.

CUÉLLAR.—A las diez estareis todos, con caballos, aguardándome á unos treinta pasos de las tapias del lugar, en la cruz del egido. Conviene que no me vean salir con gente. Allí nos reuniremos. Vete ahora.

(Váse Garcés. Cuéllar pasea por el cuarto con alguna agitacion.)

CUÉLLAR. (Solo.)—Rivera retarda el darme una explicacion satisfactoria de su singular conducta. Con promesas y dilaciones me entretiene tres dias há; desde que volví de Sevilla. Veremos si cumple al cabo y viene esta noche, como me prometió. (Vuelve á entrar Garcés.)

GARCÉS.—¡Señor! Una dama desea verte.

CUÉLLAR.—¿Quién es!

GARCÉS.—Se tapa con el manto y no he podido conocerla.

CUÉLLAR.—No importa. Díle que entre.

## ESCENA II.

CUÉLLAR, DOÑA BRIANDA, tapada.

DOÑA BRIANDA.—Guárdeos Dios, Cuéllar.

CUÉLLAR.—¿No os descubris, señora? Hablad. ¿En qué puedo serviros? ¿Qué pretendéis?

DOÑA BRIANDA.—Venganza. Y no la pretendería de vos, si no estuviérais tan agraviado como yo de la persona que me agravia.

CUÉLLAR.—¿Quién es esa persona?

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé de Rivera.

CUÉLLAR.—Y vos ¿quién sois?

DOÑA BRIANDA. (Se descubre.)—Miradme.

CUÉLLAR.—¡Su tía!

DOÑA BRIANDA.—Su tía, y, por mi desgracia, su enamorada tambien, desde que andaba desvalido y menesteroso. Hoy, que ha vuelto rico y colmado de honores, me desdeña: dice que se avergüenza de mí: no sale de su boca, cuando á mí se dirige, palabra alguna con que no me afrente. Me pisotea el corazon, como quien pisa una víbora; no os pasmeis de que me revuelva furiosa contra él. Rivera no cuidó, ni pensó siquiera en el honor de su casa y de su familia, ni en la virtud, hasta que ha vuelto de Indias con dinero. Os ha estado engañando como á mí me engañaba. La culpa del desaire ridículo, de que ahora sois víctima,



la tiene Rivera. Os hablaba de su hermana, excitándoos á que la amáseis, y halagándoos con que la guardaba para vos en Castilla, y con que la criaba con el recogimiento más severo, cuando me la había dejado confiada. Yo estoy en la última desesperacion, y de nada me atemorizo. No hay ya confesion horrible que traiga rubor á mi rostro. Dejar á su hermana en mi poder, Rivera lo sabía, era como dejar al cordero en poder del lobo... y del lobo hambriento. Rivera, ántes de irse, había acabado de despojarme de cuanto yo tenía. ¿Comprendeis ahora su doblez y su infamia? Es además un cobarde. Más valía que me matase de una vez por mi pecado, y no que de continuo me martirizase, como lo está haciendo. Yo no hice más sino lo que de mí debió él prever. Pero Rivera es duro con los débiles, y con los fuertes es débil. A mí no me perdona, y perdona á D. Fernando, que abandonó y despreció á Laura, que durante tres años la ha tenido humillada, y que áun ahora se hubiera resistido á tomarla por mujer, si Rivera hubiese vuelto de Indias tan miserable y tan oscuro como se fué. D. Fernando no hubiera consentido en llamar hermano al mozo sin nombre, tablaiero indigno, mantenido por mujeres. Consintió en llamar hermano á uno de los ilustres conquistadores del opulento imperio de los Incas.

CUÉLLAR.—No debiera sorprenderme lo que me referís, y me sorprende, sin embargo. La ligereza de Rivera en dejar en vuestro poder á su hermana, sabiendo quién sois vos; el disimulo con que me ocultó siempre las relaciones que con vos tenía; la jactancia con que me hacía creer que eran bienes suyos aque-

llos de que os había despojado, todo esto es vil; pero yo se lo perdonaría todo si no hubiese incurrido en mayor vileza y flaqueza: la de dar nombre de hermano, estrechar la diestra y perdonar, y tal vez hasta agradecer su longanimidad, al que se casó con Laura despues de haberla despreciado y martirizado por tanto tiempo. Si D. Fernando hubiese vuelto arrepentido, Dios, la que fué presa de su seducccion, todo cuanto hay en la tierra y en el cielo podía haberle perdonado, ménos Bartolomé de Rivera. Bartolomé de Rivera no cumplía como bueno, sino matándole.

DOÑA BRIANDA.—Matarle... Vaya... no es tan fácil matar á D. Fernando. A mí me matará Rivera á dedenes y á injurias... pero á él... ¿y para qué? Más cómodo es convertirle en pariente. Emparentado Rivera con tan egregio caballero, te despreciará á tí, Cuéllar, como me desprecia á mí. Si se avergüenza de sí mismo, en lo pasado, ¿cómo no ha de avergonzarse de los otros? ¿Qué apostamos á que no te declara la verdad? ¿A que no te dice por qué ha consentido en la boda de Laura? ¿A que no te confiesa con humildad su agravio y la tardía reparacion que tan ruinmente acepta?

CUÉLLAR.—Lo creo: nada de eso me confesaré. Querrá engañarme de nuevo.

DOÑA BRIANDA.—Pues bien; para que no te engañe he venido yo á abrirte los ojos. ¿Has amado á Laura?

CUÉLLAR.—La amo todavía, y la odio.

DOÑA BRIANDA.—Mátame entónces; pero véngame de Rivera. Mátame: merezco la muerte. Estoy harta de vivir.

CUÉLLAR.—Déjame en paz. Huye. Yo no satisfago



mi enojo en flacas mujeres, por culpadas que sean.

(Entra Garcés, y doña Brianda se tapa con el manto.)

GARCÉS.—Rivera viene á verte.

CUÉLLAR.—Que venga. (Se va Garcés.)

DOÑA BRIANDA.—No quiero que me halle aquí.

CUÉLLAR.—Por esta puerta te pondrás al punto en la calle sin que te vea.

(Vase doña Brianda por una puerta lateral. Un instante despues entra Rivera por la puerta del fondo.)

### ESCENA III.

RIVERA, GUÉLLAR.

CUÉLLAR.—¿Te decides, al cabo, á darme la explicacion satisfactoria? ¿Podrás dárme la con verdad?

RIVERA.—Quiero y puedo dártela.

CUÉLLAR.—¿Por qué me impulsaste á ir á Sevilla?

RIVERA.—Porque tenía sospechas que tocaban á mi honra y ansiaba ponerlas en claro sin que nadie más que yo entendiese en ello.

CUÉLLAR.—Y las pusiste en claro y supiste que tu honra estaba mancillada.

RIVERA.—No, Cuéllar. Supe al mismo tiempo la reparacion y el agravio, si es que agravio hubo. Don Fernando, aunque desposado con Laura, tuvo que huir de nuevo á lejanas tierras; hoy, perdonado ya por el César, es esposo de Laura á la faz del mundo.

CUÉLLAR.—¿Ves cómo me quieres engañar? Es in-

útil. Lo sé todo. D. Fernando ni se desposó ni prometió nada á Laura. La abandonó con desprecio. Tan distante estaba Laura de creerse amada, que me aseguró que no amaba á nadie. Afrentada y culpada, iba á entrar en un convento. Por dicha había en su alma cierta honradez, de que otras almas son incapaces, y no consintió, callando, en casarse conmigo.

RIVERA.—¿De dónde inferes todo eso? ¿Quién te ha informado tan mal?

CUÉLLAR.—Tu cómplice. Te repito que lo sé todo. ¿Pretendes acaso que se manche mi lengua contando tus delitos? Pero más que tu villanía en dejar á Laura en poder de una mujer como doña Brianda; más que tu falta de aprension en despojarla ántes de todos sus recursos, más me indigna tu carencia total..., de entereza, tu ejemplar mansedumbre en perdonar el desprecio, el martirio de años, el abandono en que tu hermana ha gemido.

RIVERA.—Por el Dios que está en el cielo, Cuéllar, no te obstines en apurar mi paciencia. Ya que lo sabes todo, ya que esa maldita hembra me ha vendido, me someto á tu furia; la merezco por mi imprevision; no la merezco por haber cedido ahora.

CUÉLLAR.—Más la mereces por eso que por nada. La reparacion se la debes á tu fortuna, á tus triunfos en Indias. Hubieras vuelto oscuro y pobre y no hubiera sido desagraviada tu hermana. Bien es verdad que tú, pobre y oscuro, no te hubieras preocupado con semejantes niñerías. En tí la honra tiene algo de artificial y de sobrepuesto al dinero.

RIVERA.—Aquí, donde nadie te oye, quiero sufrírtelo todo. Te ciega y enloquece la pasion; mas no he



de reñir con mi compañero de armas. Respeto tu ira, por más áspero que seas en el reprender, y por más violento que te muestres en el zaherir.

CUÉLLAR.—¡Qué manso y qué sufrido te has vuelto en estos últimos días! Ya que no sientes el prurito de vengarte, me dejarás en libertad para que te vengue y me vengue. Yo no soy ni sufrido ni manso. Todavía amo á tu hermana. No atino á aguantar el desaire. Tú, que tanto has sabido sufrir de un desconocido como D. Fernando, más sufrirás de mí, que soy tu compañero de armas. Esta noche misma voy á robar á Laura. Amigaréme con ella. Luégo mataré á don Fernando. Tal vez, por último, me case con la honrada viuda. Tú lo llevarás todo con paciencia y me darás una absolucion tan generosa como la que á don Fernando has dado.

RIVERA.—Te he oído con calma impasible, porque veo que no vale mi prudencia, ni mi paciencia. Estás demente, frenético. Anhelas reñir y prefiero que riñas conmigo. Ó desistes de todo plan de ofender á mi hermana, ó atajará tus pasos mi acero.

CUÉLLAR.—Por cima de tí y de tu acero, he de ir adonde me llevan mi amor, mi deseo y mi encono. Mataré á D. Fernando. Laura será mi daifa.

RIVERA.—Voto al infierno que no será. Sal á la calle.

CUÉLLAR.—Detras de los muros del convento.

RIVERA.—Vamos.

CUÉLLAR.—Luego que te mate, iré donde me aguardan á pocos pasos los que han de secundar mi propósito.

RIVERA.—Tu propósito es morir, y vas á lograrle. (Vánse.)

#### ESCENA IV.

Sala en la quinta de D. Fernando. Armas y trofeos de caza. Algunos retratos. Los muebles entre rústicos y señoriles. Dos puertas laterales y una al fondo.

D. FERNANDO, PEREZ el escudero.

D. FERNANDO.—A fe mía que me duele en el alma la resolucion que tengo que adoptar, pero no hay más remedio. El tal indiano está delirante. La soberbia le embriaga. Es brutal y zafio, y no hay modo de poner freno á su lengua, ni coto ni límite á sus pretensiones audaces. En la plaza, á gritos, ha dicho que ha de matarme, que ha de robarme á la mujer, y hasta que ha de hacerse amar de ella en cuanto la hable á solas. Buena maña te has dado, amigo Perez, para inspirar confianza completa á ese bandido. En cuanto llegue, introdúcele hasta aquí, y déjale que vea á la señora, si ella no se ha retirado á su estancia. A Juquilla deténla con habilidad. ¿Cuántos son los rufianes que acompañan á Cuéllar?

PEREZ.—Cinco.

D. FERNANDO.—Me alegro de que sean tan pocos. No quiero que haya escándalo, ni lucha, ni sangre. Distráelos tú, y haz de suerte que los míos caigan de improviso sobre ellos, los aten de piés y manos, y los tengan en el patio. Si chillan, ponedles con suavidad sendas mordazas.